

# PRESENTACIÓN



In the name of economy and democracy, the right and the left are feuding. The left is grounded in democracy, the right in the economy. The resultant disjuncture between economy and democracy is stretching the tensions of a catastrophic polarity. The world of political democracy gives rise to forces that intervene in the economy, disturb and constrain the economic process. In response, the economy mounts a general attack on democracy as the embodiment of irresponsible and unrealistic hostility to the world of business.

Karl Polanyi, "Economy and Democracy", en *Österreichische Volkswirt*, diciembre de 1932, citado en Kari Polanyi Levitt, *From the Great Transformation to the Great Financialization. On Karl Polanyi and Other Essays*, Halifax and Winnipeg, Fernwood Publishing, 2013, p. 79.

En virtud de su explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado una conformación cosmopolita a la producción y al consumo. Con gran pesar de los reaccionarios, ha sustraído el terreno de sustentación nacional bajo los pies de la industria. [...] El sitio de la antigua autosuficiencia y aislamiento locales y nacionales se ve ocupado por un tráfico en todas direcciones, por una mutua dependencia general entre las naciones. Y lo mismo que ocurre en la producción material ocurre asimismo en la producción intelectual.

Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, Barcelona, Crítica, 1998 (ed. orig. 1848), pp. 43-44.

Habiendo pasado ya más de una década desde su nacimiento, parece que *Puente@Europa*, aun con la variedad temática que los títulos de las sucesivas ediciones indican, se hubiera ocupado, directa o indirectamente, de un único tema: la relación entre democracia y capitalismo en el ámbito de los procesos de modernización. Asimismo, a raíz justamente de la "conformación cosmopolita" de la producción y del consumo, referida en la cita de Marx y Engels, muchos de nuestros autores han tratado de tomar en cuenta no solo la dimensión nacional, sino aquella internacional de la cuestión, para analizar cómo los elementos de un ámbito y del otro inciden en la problemática relación entre democracia y capitalismo. Bajo esta perspectiva ha sido analizada la integración regional que, desde el principio, fue uno de los temas privilegiados por la revista, con el objetivo de comprender si interviene y, en ese caso, cómo lo hace, en aquella relación.

Es bien sabido que a una interpretación pesimista *à la Polanyi*, inspirada por la experiencia del autor en aquel inicio sombrío de los años treinta, se opone una versión optimista *à la Fukuyama*, basada en aquel inicio esperanzador de los años noventa. Los dos incorporan un fuerte componente "político" (socialista, en el caso del primero, liberal en el segundo) y un componente analítico, el primer autor derivando su tesis de una marcada sensibilidad histórica y un fuerte empirismo, el segundo privilegiando una mirada filosófica y teórica.

Tal como ocurrió en varios de los números precedentes de *Puente@Europa*, todos los enfoques están representados en este número (el histórico, así como también el filosófico, el teórico y el empírico). Si bien ninguno aborda directamente el tema, todos los artículos dan cuenta de cómo, poco a poco, en las reflexiones de muchos intelectuales de esta última década, los conceptos de democracia y de capitalismo se constituyeron como una dicotomía fundamental del análisis, así como de la prescripción para la acción en las áreas económica, política y social. Es que, cualquiera sea el *cleavage* utilizado para hilvanar un análisis social (estado/mercado, centro/periferia, protección/apertura, representación/eficacia, industria/agricultura, capital/trabajo), el tema de la relación problemática entre capitalismo y democracia siempre irrumpe de alguna manera.

El número se abre con una reivindicación de la agudeza del análisis y las recetas de los así llamados economistas "renacentistas" que, con sus intuiciones (abducciones) holísticas, lograron proponer acertadas sugerencias para promover el aumento del bienestar de las sociedades europeas desde el siglo XVI. La reivindicación del papel del estado como agente promotor de estas recetas es acompañada, en el artículo de Erik Reinert, por algunas reflexiones sobre los elementos que más influyen en la eficacia de sus intervenciones, empezando por la protección del "ingenio" del hombre y los incentivos a sus distintas formas.

*Mutatis mutandis*, José Gabriel Porcile y Mario Cimoli destacan la importancia de cuidar los aspectos cualitativos del crecimiento, se encuentren ellos en la calidad y diversificación de la estructura productiva, en el papel de las instituciones para el fomento del aprendizaje y de la innovación, o, finalmente, en el uso estratégico del comercio como instrumento de transformación productiva. A pesar de las diferencias de época y lugar, todo apunta, tanto en las antiguas recetas italianas como en las más nuevas provenientes de América Latina, a la importancia de las manufacturas como fuente de acumulación de capital, de generación de valor agregado y, en términos más generales, como escenario clásico de aquellas revoluciones creativas que caracterizan la trayectoria de las sociedades económicamente exitosas.

¿Dónde se ubica, en esta visión, el papel del campo y, dentro de éste, el potencial innovador del campesinado, esta clase social heterogénea, donde conviven el pequeño propietario, el arrendatario, el proletario rural? De esto se ocupa Joseph Love, a través de la obra de dos dirigentes políticos e intelectuales destacados, Karl Kautsky y Aleksandr Chayánov –el primero, una de las máximas autoridades marxistas de su tiempo, autor de una obra de referencia: *La cuestión agraria: estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia* (1899); el segundo, uno de los ideólogos del movimiento crítico de los *narodniki*, quien produjo en 1925 un sofisticado análisis de *La organización de la unidad económica campesina*.

El campesino de Chayánov no compartía el afán productivista y la codicia por el dinero del prototipo de hombre "moderno"; sino más bien, trataba de lograr un equilibrio "psicológico" entre sus ingresos y el tiempo dedicado al ocio, con el afán de mantener estándares de vida tradicionales. En términos estructurales, el desarrollo económico de un país como el suyo, Rumania, no parecía reflejar, en el análisis del autor, el tipo-ideal marxista según el cual una sociedad tradicional, campesina, avanzaría irremediabilmente hacia una sociedad industrializada. No solamente los rasgos sociológicos del campesinado, sino también el liderazgo tecnológico occidental y la naturaleza "vagabunda" de sus inversiones, impedirían su modernización.

Mariana Luna Pont, al retomar la cuestión de la modernización desde una perspectiva original, analiza el papel de las ciudades en los debates sobre el tema entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Las ciudades, a pesar de ser actores periféricos con respecto a los estados nacionales, tratan de desarrollar un papel crucial y doble en su modernización. Desde un punto de vista interno, son actores y lugares privilegiados donde experimentar las técnicas modernizadoras –que van desde los nuevos métodos de contabilidad hasta la electrificación, la organización de los servicios públicos básicos, etc.

Desde un punto de vista internacional, patrocinan la creación de una sociedad internacional pacífica que se oponga al sistema violento de los estados. Basándose en la convergencia de ideales que se remontan a la ilustración y al socialismo internacionalista, la utopía municipalista, en la visión de la autora, trata de definir respuestas comunes a los desafíos de la modernización a través de organizaciones internacionales, exposiciones universales y congresos.

En paralelo a la dimensión municipalista, el debate sobre modernización y paz adquirió, en este mismo período, y con particular intensidad después de la Primera Guerra Mundial, una dimensión supranacional. En particular, tal como lo describen Pierre Tilly y Michel Dumoulin, la idea de una cooperación europea, en sus varias formas, pareció emerger de la convergencia entre tendencias modernizadoras, finalidades pacificadoras y sensibilidades sociales. También aquí, tal como en el caso de Luna Pont, los actores principales no fueron los estados, sino organizaciones internacionales públicas y privadas. Los autores esbozan la trayectoria de las propuestas más interesantes y cuentan cómo la crisis económica interrumpió las fecundas discusiones de quienes habían comprendido que la dimensión territorial nacional había quedado desactualizada respecto a las exigencias técnicas y sociales del capitalismo moderno. Algunos de estos planes fueron retomados por el nazismo, que quiso imponer una integración europea bajo la dominación alemana. Otros quedaron como inestimable legado ideal para los constructores de la Europa de posguerra.

Entre ellos, Lorenza Sebesta nos presenta un protagonista original y paradigmático. Se trata de Alexandre Kojève, quien en los años treinta introdujo (y tradujo) *La Fenomenología del espíritu* de Hegel en Francia. Abandonada la filosofía, a raíz de lo que interpretó como el acaecimiento del “fin de la historia” hegeliano, Kojève se volcó, luego de la Segunda Guerra Mundial, a la administración pública, para desempeñarse en negociaciones diplomáticas sobre temas de cooperación comercial internacional e integración europea. A través de sus textos, Kojève preanunció la muerte del estado, tal como se había concretado en la forma nacional (y nacionalista) y el nacimiento de entidades supranacionales administradoras de la economía, que denominó en algunas ocasiones como imperios homogéneos y universales, caracterizadas por la desaparición de toda lucha –de clase, en su interior, y bélica hacia el exterior. La autora sugiere que esta visión, explícita o implícitamente, conformó un núcleo importante del imaginario que sostuvo, y sostiene todavía, la integración europea.

Siguiendo la misma senda analítica, Natalie Doyle centra su artículo sobre la importancia de las ideas económicas en el proceso europeo, al considerar la integración como un hecho social en el que la convergencia sobre visiones comunes es la premisa indispensable para cualquier acción. Distingue dos fases de su desarrollo: una primera, volcada a un liberalismo económico, matizado gracias las preocupaciones de tipo social que compartían las fuerzas políticas que gobernaban Europa y, una segunda, en la que todavía vivimos, dominada por una visión neo-liberal. Esta última, según la autora, encarna claras amenazas no solo al desarrollo económico de algunos de los estados miembros, sino a la democracia a nivel europeo.

La democracia es, justamente, el objeto de reflexión del artículo de Marco Brunazzo, que ofrece una revisión bibliográfica sobre el tema de la relación entre los grupos de interés y la calidad democrática de la gobernanza europea. Luego de precisar los requisitos de una democracia según sus rasgos específicos (electoral, participativa, asociativa o deliberativa), el autor trata de definir la naturaleza compleja del tipo particular de democracia que se fue conformando en Europa, a través de la consolidación institucional de la Unión Europea. Así, se aventura a desentrañar la compleja relación entre la participación de los grupos de interés económicos y la legitimidad democrática, precisando las ventajas y desventajas de su presencia en cada caso.

Una respuesta indirecta a las reflexiones de Doyle llega también de la pluma de Tibor Palánkai quien vuelve, en clave moderna, al tema que emerge como uno de los hilos conductores del presente número, aquel del desarrollo desigual, en el curso de la modernización, entre un “centro”, productor de innovaciones y riqueza, y

una “periferia” destinada a la explotación de recursos naturales y a producir bienes y servicios menos intensivos en conocimiento. El artículo se propone analizar si y cómo la integración europea (ya en su fase neo-liberal, según la terminología de Doyle) ha podido ser un medio para la igualación entre estos dos polos en el contexto europeo. Sobre la base del análisis de una serie de parámetros respecto del desarrollo económico de los miembros de la Unión Europea, llevados a cabo por Palánkai y su equipo de la Universidad Corvinus de Budapest, el autor sugiere que en el caso de la Europa Centro-Oriental la integración representó una salida, aunque frágil y parcial, de una potencial lógica reproductora de diferencias. Su optimismo, referido, en particular, a los factores cuantitativos, se vuelve más cauteloso cuando se analizan factores de tipo cualitativo, como, por ejemplo, la naturaleza de la actual transnacionalización del sector industrial. El peligro de este proceso es que termine por definir un perfil productivo con escasa orientación innovadora, que poco aporta al avance del conocimiento a nivel local y pesa mucho sobre las importaciones de insumos<sup>1</sup>.

Por cierto, la crisis y las recetas económicas hasta ahora adoptadas en Europa han conjurado contra el proceso de convergencia entre países periféricos y centrales así como entre pobres y ricos al interior de cada estado miembro. Este desmoralizante regreso a tiempos de desigualdad se acompaña de un debilitamiento de la democracia a nivel europeo, ya que los procesos decisionales que llevaron a las recetas actuales, basadas en una interpretación de la crisis (una entre muchas posibles), no han seguido los procedimientos propios de la democracia.

Lo que sucedió con Grecia es, en este sentido, paradigmático. Por ello, el número cierra con un análisis heterodoxo de su crisis, basado en una recopilación de la literatura económica y sociológica al respecto –principalmente en idioma griego. Según Martín Lafforgue, la liberalización comercial a partir del ingreso del país en la Comunidad Económica Europea (1981), sumada a la disponibilidad de “dinero barato” a nivel internacional en la década de la liberalización financiera y al aumento repentino del peso de los servicios en detrimento del sector industrial, condujeron a una modernización fallida, dirigida desde el exterior. Con la complacencia de gobiernos cuyo actuar no estuvo exento de importantes episodios de corrupción, estas dinámicas llevaron a la presente crisis, que las recetas de la Unión Europea no hicieron más que profundizar, poniendo en peligro, al mismo tiempo, su recuperación económica y su democracia.

Se trate de relatos de índole histórica o de análisis teóricos, todas las reflexiones contenidas en este número confirman que no existen reglas universales en el campo del desarrollo del capitalismo, así como tampoco en el de la democracia, aún bajo las similitudes que la difusión de cierto tipo de capitalismo a nivel mundial impone. Consecuentemente, no existen recetas universalmente válidas. Es decir, no existen leyes económicas que tengan la misma naturaleza que aquellas de la física, que imponen a una manzana el hecho de caerse de un árbol en lugar de elevarse hacia la bóveda celeste. Esto sucede porque la economía, a diferencia de la física, es una actividad social, cuya calidad pasa por un buen uso de la democracia.

Es así que, aun teniendo en cuenta los tiempos sombríos que vivimos, el mensaje esperanzador que parece surgir de esta década de reflexión es, sin duda, que hay todavía espacio para la elección política, ya sea individual o social, nacional o internacional. Lo que sí necesita cada elección política es, por un lado, un sustento ideal, que aspire hacia lo utópico, y, por el otro, un respaldo intelectual que evalúe lo posible, por medio de un análisis fundamentado, y sepa al mismo tiempo imponerlo como “sentido común”. Contribuir a tal fin ha sido el propósito de este número y aquellos que lo precedieron.

Comité editorial *Puente@Europa*

<sup>1</sup> Para un análisis empírico de estas cuestiones, véase Reiner Kattel, “Esos veinte años: integración y desintegración en Europa del Este”, en *Puente@Europa*, a. X, n. 1, junio de 2012.